



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

AÑO II.

Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, num. 39.
Madrid, en las principales librerías.
Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, 8.

No se devuelven los originales que no se utilicen.

30 de Mayo 1878.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, un mes, adelantado . . . 2 ptas.
En toda España y Portugal, trimestre, 7
pesetas: seis meses, 13 id., un año, id. . . 25 »
En Cuba, Pto. Rico, extranjero y repúblicas
americanas, semestre anticipado, en oro. 20 »

Núm. 3.

Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.

SUMARIO.

GRABADO.—Abelardo y Eloisa.
TEXTO: La libertad y las libertades, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Viaje á Valencia, por MARÍA CONCEPCION GIMENO.—Poesías: Risa y llanto, por EMILIA CALE TORRES DE QUINTERO.—Rima, por PATROCINIO DE BIEDMA.—A^{ooo}, por JUAN J. BUENO.—Mis viajes, por JOSÉ ROURE.—Tristeza, por FERNANDO ARAUJO.—A ti, por J. MORENO CASTELLÓ.—Duda, por D. de MARTINTO.—La amapola, por ENRIQUE GILLIS.—Explicacion del Grabado.—La loca de Covadonga, por JESÚS PANDO Y VALLE.—Virginia (novela), por FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.—Federacion literaria, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Noticias.—Anuncios.

LA LIBERTAD Y LAS LIBERTADES

NADA más justo que el anhelo que siente el hombre por fijar, como un derecho eterno, su libertad, que sirve de base á todos sus sentimientos.

La libertad, ofrecida por Dios al linaje humano como lazo fraternal que une todas las voluntades y todas las ambiciones en una igualdad niveladora, es el dogma del pensamiento, el cual le inspira la responsabilidad de sus actos morales.

El alma necesita una atmósfera: el corazón quiere vencer siempre en la continua batalla que le ofrece la vida, y la libertad aspirada por el alma, en su anhelo instintivo de independencia, es la fuerza y la luz del corazón, que triunfa de los errores groseros y de las concesiones cobardes.

Pero con frecuencia la libertad mancha su hermoso ropaje al contacto de esas mal llamadas libertades, en que se oculta la licencia, y que no pudiendo robar á la verdadera libertad su inmaculada esencia, la roban su nombre, engañando con él á los que con afán la buscan.

El engaño dura poco: cuando se despoja á la libertad de sus originarios títulos para darla un movimiento de convención que la lleve á otros destinos, se

la transforma en caricatura ridícula de la imagen que intenta copiar, y la más ofuscada inteligencia tiene que ver las notables diferencias que entre el ideal y la realidad se establecen.

Las causas más santas y más justas suelen dar cabida á los errores más absurdos, y la causa liberal propende á un error gravísimo, causa, acaso, de su impotencia para fijar un

sistema, pues él crea la duda, y la duda debilita la idea.

Este error consiste en querer desunir dos sentimientos que se completan mutuamente formando un todo perfecto, á la manera que lo forman la entidad moral y la entidad material en que se funde el *yo* humano.

El ideal político, esto es, la acción creadora del pensamiento en la posesión plena de su libre albedrío; y el ideal religioso, que puede mirarse como la esperanza sublime en que el alma sacia su sed de lo desconocido en lo inmortal.

La libertad protegida por la religión en el orden moral, como por la ley en el orden físico, sería el estado perfecto y natural del pueblo que así la aceptase, y que, comprendiendo la grandeza de la unidad de su idea, no la subdividiese en libertades miserables que mueren apenas nacen, sofocadas por su propio impulso.

Entre la misión de Dios, alma de la religión que sostiene su doctrina, y la noción de libertad, alma asimismo de la escuela política, no puede haber antagonismo alguno.

La religión defiende la idea liberal, que forma parte de sus dogmas, que viene de Dios, que es la primera de las concesiones otorgadas al linaje humano, que es la base de todo amor, porque la igualdad que crea establece la consideración mutua.

La libertad, por más que se aleje de su origen en el curso caprichoso que la imprime la voluntad del hombre, tiende siempre á buscar en su grandeza su apoyo natural, el cual le niega la intolerancia de sus adeptos.

¿Y cuál de ellos sería bastante hábil para probar que el cristianismo, como religión, se oponga á la libertad como política?

¿Acaso alguno de sus dogmas se opone al libre desenvolvimiento del espíritu, á la libre aplicación de la justicia, y á la investigación independiente de la misma?



Abelardo y Eloisa.

¿El cristianismo, que hace del bien una ley, se ha opuesto nunca á la práctica de la verdad legal y de la verdad racional, ni ha destruido con su veto la marcha triunfante de la libre inteligencia hácia su perfeccion relativa en lo absoluto?...

¿Cómo podría el cristianismo volverse contra su propia obra, si la religion cristiana, propagadora de la doctrina de Jesús, escribe la palabra «hermanos» allí donde el paganismo escribía «siervos y señores?»

¿Cómo no ha de existir libertad allí donde la igualdad existe, y dónde nace esta igualdad sino en la doctrina del cristianismo?

Al nivelar las aspiraciones y las esperanzas de todos los hombres, cayeron las cadenas invisibles de los pensamientos, como cayeron las de hierro de los esclavos, pero el hombre, asombrado del poder de que se le investía, asustó á la libertad con sus extremos, y llegó á confundir con ella esas mal llamadas libertades que son la vergüenza de la verdadera libertad.

La licencia y el libertinaje reclaman hoy los derechos que á la libertad verdad se le conceden, y en su impotencia para conseguirlos, se revuelven contra lo que creen el obstáculo de su ambicion, contra la idea religiosa, dique inquebrantable ante el liberalismo materialista, templo glorioso para la libertad que sanciona la voluntad de Dios.

Los modernos vándalos que, segun decia Bosuet, quieren ser más que el cristiano, y son menos que el hombre, hacen una tiranía de su idea, rechazan como humillante toda obediencia, y luchan por imponerla á la creencia que sostienen, no siendo éste el único contra-sentido de esa mal llamada escuela, pues con frecuencia se vé entre ellos quien, negando la libertad humana, defiende la libertad política, y quien, defendiéndolas, establece la responsabilidad moral, ó crea la tiranía de las pasiones sublevadas, de los orgullos intolerantes.

Para éstos, el abuso no lo es si se trata de sus imaginarios derechos; los excesos son justificados con la gallarda despreocupacion de la licencia que practican; y con tal que en la bandera que sostienen esté escrita la palabra «Libertad,» dejan agruparse á su sombra las tiranías más extrañas, y las intransigencias más injustificadas.

De esta union de aspiraciones diversas y de credos distintos, no puede resultar la unidad del ideal, y así vemos que tanto le ensalzan como le maldicen, que tanto se agitan en ambiciones insensatas, como en arrepentimientos infecundos.

Ellos pretenden luchar siempre, y en realidad luchan, pero es contra sí mismos.

Hacen su enemigo del mismo ideal que persiguen, porque la libertad, defendida por el buen sentido, por la razon, por la justicia y por la religion, es el enemigo más enérgico, más temible, que encuentra ante su paso la licencia.

La libertad no sólo obedece sino que acata el deber; la licencia se emancipa de toda obligacion moral y material; y al proclamar todas las libertades, plantea todos los absolutismos.

La libertad crea y conserva; la licencia destruye.

La libertad, tal como sus falsos apóstoles la proclaman, es la confusion, en la cual toda armonía desaparece; un proyecto de libertad omnímoda, sin la base de una obediencia legal, es el caos, es el abismo que absorbe el ideal sublime, para devolverlo en destrozada materialidad; es la sombra que empuja la luz y la oculta cuando cae.

No; la libertad no puede vivir sin el orden, como la geometría no vive sin las reglas, como el corazon no vive sin el sentimiento, como la imaginacion no vive sin la poesía; como el talento no vive sin el criterio, las artes sin la

verdad, ni la sociedad sin Dios.

La emancipacion del hombre es justa siempre que su libre albedrío quede sujeto á un poder que lo enfrene.

Al crear un derecho nuevo queda formado á su mismo impulso un nuevo deber, y el deber del hombre libre es el respeto al derecho que su libertad le otorga.

Cada cosa sigue la naturaleza misma del principio de donde emana; la libertad, que es concesion divina, debe elevar el sentimiento moral por la aspiracion de lo infinito: debe alentar á la posesion de la verdad suprema, en su triple manifestacion de verdad, de belleza y de justicia; pero si en vez de conservar esa excelstitud se mezcla á la masa corrompida de las ambiciones humanas; si en vez de flotar en el espacio inmaterial de los sentimientos se deja aprisionar por los sentidos para caer sobre el lodo sangriento de las pasiones; si en vez de refundirse en el alma para ser idealidad, se mezcla á la carne para ser instinto, entónces, la libertad no es la idea que sobrevive al apóstol, es la arcilla en que esa idea modeló la estatua, masa que, como el autor, se reduce á polvo siguiendo la ley de la naturaleza; y disipado el fluido que irradiaba sobre ella, cambiadas las impresiones que su vista hizo nacer, los mismos que estaban destinados á adorarla la arrancarán del pedestal para romperla en pedazos, y colocar un nuevo ídolo, quizá formado de idéntica materia, pero al cual reviste el entusiasmo del momento del manto brillante de la inmortalidad.

Para que la libertad pueda existir; para que su nombre y su amor no sirvan de lema al grito de las pasiones, sino á la verdad de los sentimientos, es forzoso aceptar su idea como obra de Dios, ajena á la pequeñez de la miseria humana, y con la razon y la fe de la libertad, dar la batalla á esas mentidas libertades que sofocan bajo su asquerosa licencia las nociones de legalidad y justicia, base de toda sociedad, haciendo que el sentimiento político y el sentimiento religioso se fundan en el pensamiento del hombre al fuego purísimo de la libertad, en una aspiracion que le lleve á la perfeccion suprema por medio de la práctica del supremo bien, que debe ser el ideal de todo progreso humano.

PATROCINIO DE BIEDMA.

VIAJE Á VALENCIA.

CARTAS Á LA SEÑORITA DE MOYA.

QUERIDA Julia: Tu dulce amistad me impone el grato deber de escribirte un diario de mi vida, durante mi permanencia en la ciudad del Cid; y han trascurrido dos semanas desde mi llegada sin que te haya dedicado siquiera unas breves líneas.

Conoces demasiado el gran cariño que me inspiras y sobre todo mi carácter serio, para que hayas dudado un momento del cumplimiento de mi promesa: tú no eres frívola ni superficial, y habrás suspendido juicios erróneos, hasta que los sucesos te explicaran mi conducta.

Como voy diariamente de sorpresa en sorpresa en este encantado eden, mi entusiasmo no me ha permitido hasta ahora, la suficiente frialdad para analizar mis impresiones y transmitirte, por medio de la palabra escrita.

Sorprendente, mágico, fascinador es el efecto que me produce la vega valenciana.

Los bellos paisajes que ofrece la ribera de Valencia, son superiores á los sueños de la fantasía exuberante del bardo más inspirado.

Los granados, almendros, naranjos y limoneros, embalsaman el ambiente de este paraíso anticipado.

Es tan feraz la campiña, tan soberbia la vegetacion y tan variado el cultivo, que jamás se fatiga la mirada y la imaginacion, contemplando el espléndido panorama que ofrece la naturaleza.

En Valencia he encontrado un Cielo sin nubes y un

suelo sin abrojos: Valencia es encantadora cual los jardines de Hiram; hermosa cual los verjeles de las Hespérides; deliciosísima cual las arrobadoras moradas del valle de Templé; poética cual la Suiza; majestuosa cual los bosques de Oriente.

Es tanta su belleza, que segun algunos historiadores, el nombre de Valencia se formó de las palabras *Bel* ó *Bal* que quiere decir Sol, y de *entia* y *antia* que significa ciudad: estas voces reunidas, componen el renombre de ciudad del Sol dedicado á la perla del Turia.

He visitado la catedral: tiene tres puertas. La fachada primera pertenece al siglo pasado, y es de gran mérito el primer cuerpo que representa el nombre de María, con gloria de ángeles. La segunda puerta es de estilo ojival y la tercera de arco redondo.

Sobresalen algunas pinturas de Juan de Juanes; y la capilla de San Pedro, pintada por el canónigo Victoria. Los gentiles dedicaron este templo á Diana, los godos al Salvador, los moros á su profeta, el Cid á San Pedro, y el invicto conquistador Jaime I, á la Virgen Santísima.

Se conservan en la Catedral gloriosos trofeos; entre ellos, el pendon aragonés, la espada del Rey conquistador, la espuela, el freno, el escudo y otros varios que seria prolijo enumerar.

He subido al Miguelete, torre de la Catedral y la más alta de todas: esta torre es de figura octogonal, tiene 11 metros y 70 centímetros por cada frente y 43 de altura. Su primera piedra se colocó en 1381. Corona la obra un antepecho calado y adornado de imágenes, que cierra la esplanada á manera de terrado con que termina la parte superior, en cuyo centro está colocada en marco de fábrica, la campana del reloj. Al acercarme á la balaustrada de la torre y tender la mirada en todas direcciones, quedé agradablemente sorprendida por la diversidad de magníficos espectáculos que se ofrecen á la atencion del observador.

Parecia hallarme en un elevado kiosco, alzado sobre una plataforma, colocada en una inmensa llanura tapizada de flores. El mar estrechando la mitad del círculo inmenso que yo contemplaba, semejábale á una gran gasa azul, rodeando un florido parterre. Los gigantes árboles de esta fértil campiña, esos árboles que parecen trasplantados de los trópicos, si se contemplan desde el Miguelete resultan enanos.

Como no soy avara para el placer, querida amiga, deseo partir contigo las agradables impresiones que en el Miguelete experimenté. El anchuroso Turia, parecia una cinta de plata sujetando gigantescos ramilletes de flores. En las márgenes del Turia, se alzan preciosas alquerías suizas, y poéticas viviendas campestres, cual palacios de las mil y una noches. Más lejos se divisan frondosos bosques, y paseos que son los primeros de España y lo más bello de esta tierra de promision. La Alameda, el Plantio, el jardin del Real, Monte Olivete, campos de Malva-Rosa, la Glorieta, las alameditas de Serranos y cien más; que para describirlos seria necesario dedicarte un in-folio.

Para que te formes una idea aproximada acerca de los paseos mencionados, te los describiré sucintamente. La Alameda tiene gran extension y se compone de cuatro filas de inmensos árboles, formando en un principio cinco calles y al lado de éstas un delicioso jardin con andenes y poyos de piedras. Este jardin se denomina *El Plantio*, y contiene una preciosa cascada con Neptuno, hermosos canastillos de flores arrojando agua; bosquitos de geraneos, guirnalda de nardos, murallas de jazmines, plazoletas de descanso, rodeadas de bancos cubiertos con bóvedas de hojas, mil juegos de aguas y una preciosa alfombra de musgos y yerbas extrañas, recortadas, formando caprichosos dibujos.

La glorieta es un paseo que rie; rodeado de elegantes palmeras, vistosas adelfas, perfumadas magnolias, precioso invernadero y graciosas macetas.

Las alameditas de Serranos, es un paseo para los melancólicos: las almas tristes se encuentran bien allí, huyendo de las alegrías y diversiones sociales, para no sufrir duros contrastes. Es un paseo serio, tiene cierta solemnidad, proporcionada por los cipreses, sauces y demás árboles, que inclinan sus ramas hacia la tierra, besándola tristemente.

El jardin del real ó aclimatacion, es bastante agradable: existe una plazoleta rodeada de arcos formados

de ciprés y adornada con macetas y lámparas rústicas, un laberinto, algunas estatuas y la montañita célebre donde mataron al general Elío.

El jardín botánico lo he recorrido todo y he visto que es una notable escuela de agricultura y floricultura. El terreno está distribuido científicamente y se cultivan mil plantas exóticas.

En la ciudad existen elegantes jardines particulares: los más renombrados son el del conde de Parcent, el del barón de Santa Bárbara, el de Roca, el de Romero, el de Moróder, el de Berenguer y otros muchos.

Aquí se halla la agricultura en todo su apogeo: un campesino es un semi-botánico, un jardinero es un artista en flores.

Valencia es un pueblo sumamente artístico: un albañil tiene sus ribetes de arquitecto: las casas de los guardas, que en otros países no son más que una humilde techumbre para resguardarse de la atmósfera, son aquí preciosos pabellones rodeados de flores y estatuas.

Las fuentes públicas son de muy buen gusto: la fuente de la plaza de la Congregación es de mármol y sobre su gracioso obelisco hay una hermosa matrona de cuerpo entero, de fino mármol blanco: tiene en la mano izquierda un escudo ó medalla al mérito y la derecha señalando el mote que contiene dicho escudo en la parte superior del circuito, el cual dice: *Amistad, Patria*. Bajo de la repisa y en cada uno de sus ángulos, hay relieves alegóricos á las ciencias y á las artes, entre los cuales unas cabezas de bronce, arrojan por sus bocas el agua sobre sus sencillas y graciosas pilas: hay además cuatro grandes cigüeñas del mismo metal, colocadas cada una en los ángulos que forma el pedestal y expiden el agua por el pico.

En la plaza de las Barcas se encuentra otra fuente de hierro colado: sobre el pedestal forman grupo tres graciosas ninfas unidas por la espalda y tiene por remate una especie de triton que derrama el agua á manos llenas; además hay colocados sobre los ángulos del pedestal cuatro ánades, del mismo metal, que expiden por la boca el agua para el servicio público. Recuerdo entre otras fuentes monumentales muy bellas la de la plaza del Carmen, San Lorenzo, plaza del Cid y plaza de Pellicers.

En resumen, Valencia es digna patria de Ribalta, Gil Polo, Juan de Juanes, Esteve, Gilabert, Camaron y Planes.

Valencia cuenta con gran número de hijos ilustres, que por sus virtudes, santidad é inteligencia, gozan de un nombre inmortal; entre ellos brillan y debo mencionarte á San Lorenzo, Arcediano de Sixto II, San Justo, San Entropio, obispo de Valencia, San Pedro Pascual y San Vicente Ferrer.

Como eminentes literatos se distinguieron Juan Martorell, Cristóbal de Virues y Luis Vives; como jurisconsultos, Francisco Borrull y Nicolás Garelly; y como pintores, Vergara, Vicente Lopez y otros muchos.

Valencia con sus nitidos lagos, brisas perfumadas, fuentes, arroyos y cascadas, armonías celestiales, eterna primavera y oasis seductores, es la mansión que sueña la fantasía, para las Ondinas y las Silfides, para las Náyades y las Nereidas.

Por eso las mujeres nacidas en tan hermoso vergel, tienen la esbeltez de la palmera, el color del nardo en la tez, la flor del granado en los labios y la dulzura de un crepúsculo de Mayo en sus ojos árabes.

Estoy muy contenta en este país, querida Julia; me han dispensado una gran acogida. En tan pocos días cuento ya con muchos amigos y lo que es más difícil, con grandes simpatías entre las mujeres. Entre los señalados testimonios de afecto que éstas me han ofrecido, te enseñaré á nuestra vista un entusiasta soneto que me ha dedicado Josefa Gascó.

Acaban de regalarme, entre otras cosas, una planta rarísima que no sé cómo clasifica la botánica; pero que los del país llaman *flor de lagarto*. Es muy bella, tiene la forma de una pasionaria y parece una flor de piel de Rusia bordada por manos delicadas. He pedido la semilla y adquiriré datos acerca de la manera de cultivarla, para ofrecerle este pequeño obsequio á la simpática dama francesa que tantas veces nos ha proporcionado bellísimas veladas en el jardín de su elegante Hotel. Dicha señora, que sabe convertirse en lustre jardinera, te hará estudiar la flor, para que

engalanes tu jardín, todavía en embrión, y lo conviertas muy en breve en cármén granadino ó vergel valenciano.

Estoy fatigada de escribir, querida Julia: he negado á mis paseos favoritos las dos horas que hoy te he consagrado.

Apunta en el *Lliebre vért* mis pruebas de afecto.

¿Y qué es el *Lliebre vért*? preguntará tu curiosidad.

El *Lliebre vért*, se fundó en la época de D. Juan I, sucesor de D. Pedro IV, en el trono de Aragón, y consistía en un registro mandado abrir por el Consejo, donde se anotaban las buenas y malas obras de los ciudadanos; y que servía de norma para la dispensa de gracias ó peticiones.

Adios, querida mía: saluda á tu distinguida familia y no olvides te dedica un constante recuerdo desde las playas del mediterráneo, tu invariable amiga,

MARÍA CONCEPCION GIMENO.

RISA Y LLANTO.

I.

En su raudó girar divisó al llanto
La placentera risa.

—¿No me envidias, le dijo, pues mi encanto
La humanidad precisa?

Donde quiera que voy, siembro alegría,
Hago la vida hermosa;
Soy reina del placer y de la orgía,
Y brillo poderosa.

Con anhelo me buscan los mortales,
Hallando en mí ventura;
No conozco jamás los tristes males
De la negra amargura.

El llanto respondió: — con pena escucho
Tu peregrina historia;
Si tu poder es en la tierra mucho,
¿Cuánto dura tu gloria?

No la dicha en tu imperio se eterniza
Que rápida se agota;
La senda que tu planta esteriliza,
Sólo á mi influjo brota:

Es cual humo fugaz que se deshace,
Tu vano poderío;
Mas, la flor del consuelo hermosa nace
Con mi santo rocío.

La risa replicó: — Tu voz desprecio,
Pues ni sé, ni adivino,
Cómo pretendes en tu orgullo necio,
Eclipsar mi camino.

— Adios, murmuró el llanto, yo deploro
Tu soñada ventura:
Tú un día buscarás el gran tesoro,
De una lágrima pura. —

II.

La risa cruza por el éter, luego,
Envuelta en ignea gasa,
Mas, al vivo contacto de su fuego,
Sin ascender se abrasa.

Como raudal que en perlas se desborda,
Así el espacio puebla
Líquido aljofar que el celaje borda,
Blanca, flotante niebla.

Y, cual en una concha nacarada
Cruzando la azul nube,
Se vé una flor, de lágrimas formada,
Que hasta los Cielos sube.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

Lugo: 1878.

A ...

¡Yo no sé si te acuerdas!... la Luna
Cayendo en las aguas
Cual penacho de luz, ondulante
La sombra argentaba.
Palpitando en la espuma, fingía
Caprichosa malla,
Que encerrarse en sus hilos de oro
Perlitas de nácar.
Al vaiven de las olas, cambiando
Mil formas tomaba...
Ya era copa gigant, de fi na
Sutil filigrana.

Ya paloma en las ondas dormida,
De plumas doradas,
Sobre alfombra de puro zafiro
Tendidas las alas.
Ya de un árbol de fuego invisible
Desprendida rama;
Ya del Cielo bajando á la tierra
gigantesca palma.
Ora cifra de letras brillantes
En oro bordadas,
Ya blason de arabescas labores
En campo de plata.
¡Yo no sé si te acuerdas! la noche
Fresca y perfumada
De ese efecto de luz y de sombra
El lienzo formaba
Apoyada en tu brazo seguía
La línea que marca
Donde llegan las orlas de espumas
Que besan la playa.
¡Oh, qué bello! te dije: fijaste
Tu dulce mirada
En mis ojos, diciendo muy quedo:
¡Más bella es tu alma!
Yo pensé protestar sonriendo,
Mas vi que pasaban
Ante mí, no rumores ni espumas
Ni luces ni aguas;
Sino sueños de amor y de gloria,
Promesas sagradas,
Caridad, gratitud, sentimientos
De fé y esperanza:
Y sobre ellos el vago reflejo
De amante mirada,
Y exclamé conmovida: bien dices:
¡Más bella es el alma!...

PATROCINIO DE BIEDMA.

Cádiz: 1878.

A ...

Trigueñas, sonrosadas
Son tus mejillas;
En tu rostro dos soles
Sus rayos vibran;
Luce tu boca
Como en prado de lirios
Fresca amapola.

El sedoso cabello
Rollado en bucles,
Forma en tu pura frente
Rizadas nubes,
Y en tu sien linda
Sus purísimas hebras
Luego se anillan.

Tus labios purpúreos
Aroma exhalan,
Y de bruñidas perlas
Dos hilos guardan,
Que al sonreírte,
De la nieve y el fuego
Mezclan el tinte.

De rica miel hiblea
Destilan gotas,
Que beben revolando
Las mariposas.
¡Ay! con qué gusto
Cual abeja libara
Su dulce jugo!

No me mires risueña,
Cándida niña,
Porque mi pecho abrasan
Esas sonrisas:
Cuando tú ries
Arde mi sangre toda...
¡Ay!... no me mires.

Tu imagen me acaricia
Durante el sueño,
Y mirándote, vivo,
Si estoy despierto.
Sin tí, mi vida,
No hay para mí otros goces,
Ni paz, ni dicha.

Si esclava de otro dueño
No has de querermé,
Dáme, cruel, al punto
Dáme la muerte:
Los restos cubra
De tu infeliz amante
Lóbrega tumba.

Y en la fúnebre losa,
Luz de mi alma,
Una lágrima al ménos...
Una, derrama.
Grabando encima:
«De imposibles amores
Fué triste víctima.»

JUAN J. BUENO.

Sevilla: 1878.

MIS VIAJES.

A LA SEÑORA DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

I.

Hace poco más de un año
Caminito del mar iba,
Y en la cumbre del *Gorbea*
Dije á las brisas marinas:
No me detengais, hermanas,
Que en mi país sois nacidas,
No me detengais que vuelo
A las Cántabras orillas;
Dejadme pasar, que busco
Consuelo á mis agonías,
Inspiración á mis cantos,
A mis sentidos delicias,
A mi corazón cariño,
Y á mi alma sueños de dicha.
No soy tempestad que mata,
Soy el ave peregrina
Que, llore ó que cante alegre,
Siempre pía, siempre pía,
Siempre pía un «adelante»
Después de una despedida:
Y pues vais hacia mis lares,
Y á los vuestros me encaminan
Desasosiego, impaciencia,
Ansias nunca comprendidas,
Y el «más allá» del destino
Que mis pasos precipita
Vaya entre todas vosotras
Medio envuelta y escondida
La mitad de mi alma, ¡vaya
Con Dios esa pobrecilla!
¿A dónde?... ya sabéis donde.
¿Para quién?... adios las brisas.
Que me voy á vuestro nido
Como el ave peregrina,
Que llore ó que cante alegre
Siempre pía, siempre pía,
Siempre pía un «adelante»
Después de una despedida.

II.

Vi al mar en toda su furia,
Vi al mar en su furia toda,
Inmenso valle de lágrimas,
Montón gigante de olas.
Le ví sacudirse airado
Con bríos y fuerza loca:
Le ví estremecer al hombre
Con esa mirada torva
Con que mira el infinito
de materia, á humanas obras.
Una voz... no sé qué voz
Me decía: canta ahora;
Y yo canté en una lancha,
Y en alta mar, mis zozobras...
Canto que era acompañado
Por las sacudidas prontas
Del leño que nos llevaba
Tal vez á tierras ignotas,
¡El que há poco árbol gigante
No movió más que sus hojas!
Y cuatro generaciones
Le vieron cabe la choza,
Donde un día le plantaron,
Y otro día ya dió sombra,
Y otro día ya dió flores,
Y otro la fruta sabrosa,
Y otro día bajo el hacha
cayó, y hoy se vé en las ondas
Del cantábrico océano,
Y hoy flota, y mañana flota,
Y salta, huye, corre, vuela,
Salva distancias, y corta
Inmensidades tan grandes
Que jamás á su fin toca...

III.

Ay! si á partir me decido

Tras mis ilusiones voy!...
Pues vi la patria del agua,
Iré á la patria del Sol...
Quise ver los hombres grandes
De que la España se honró,
Que hijos de este rincón
En su mayor parte son;
Legazpe, Elcano, Churruca,
Echaide y mil más, que yo
Me envanezo si los cito...
¡Gloria al marino español!
Pero los genios potentes,
Reyes de la inspiración,
Que en la Kasida oriental
Viven templando su voz
En el eco de armonía
Con que cantan su dolor...
Esas mujeres hermosas,
Esas huríes que yo,
Llamaria al recordarlas
Sueños celestes de Dios...
Esa guzla melancólica
Que canta el suave arrebol,
Las dulces tintas del alba
Que de oro el Cielo vistió,
Y las campiñas bañadas
Con el matinal albor
En que se respira vida,
La vida de la pasión,
En vano quiero encontrarlas
Bajo otro Sol, que ese Sol
En vano cuando comienza
El día las busco yo,
Aquí donde densas nieblas
Penachos de rocas son;
Aquí donde el fuego sacro
Las rocas en su interior
Guardan, cual nuevas vestales
De granito, no las vió
La mirada de mis ojos,
Mas sí la del corazón!...

IV.

En tanto que me dispongo
A ir en busca de la luz,
Ahí van estos pobres versos
Ecos de un ronco laúd;
Mensajeros son, señora,
Que mando al suelo andaluz,
A esa la patria del Sol
En donde naciste tú:
De las cantábricas brumas
Yo he roto el nevado tul,
Y hasta el mar llegué anhelante,
Y no hallé en el mar azul
La luz de esa dulce patria...
Hoy, que á la bella del Sur
Llegan mis versos, escasos
De la artística virtud,
Díme, Señora, si queman
Los rayos de aquea luz,
Que temple en fuego divino
El alma que tienes tú,
Y que se asoma á tus ojos
Y se marca en tu actitud,
Noble, apuesta, majestuosa,
Digna de tí y de un querub...

V.

Yo la infinita belleza
Busco con ansia infinita;
Por eso hace más de un año
Caminito del mar iba,
Por eso he de ir á tu patria
Cual errante golondrina,
Que llore ó que cante alegre,
Siempre pía, siempre pía,
Siempre pía un «adelante»
Después de una despedida.

José ROURE.

Vitoria: 1878.

TRISTEZA!

¡Solo estoy!... y mi frente casi helada
Se inclina con pesar
Sobre una mano fría, descarnada
Que apenas ¡ay! la puede soportar!

Un libro aquí... allí otro... unos papeles
La pluma... y un quinqué...
¡Ciencia, luz, ilusiones!... ¡Oropeles!
¡Vanitas vanitatum!... ya lo sé...

Hé aquí tu retrato... ¡Cuán hermoso!
¡Copiado á perfección!
Si el alma se copiase... ¡linda cosa!
¡Medicina del mal de la ilusión!
¡Ay infeliz del que en el mundo fia
Sin creer en doblez!...
¡Es santidad, locura ó... poesía!...
¡Quizá son las tres cosas á la vez!

FERNANDO ARAUJO.

Salamanca: 1878.

Á TÍ.

Un momento te ví y él fué bastante
Para grabar tu imagen seductora
En este corazón, que fiel te adora
Desde aquel venturoso, dulce instante.

De entonces mi pasión crece gigante
Y enferma el alma en su retiro llora,
Que vislumbró las luces de una aurora
Y sucedió la noche al Sol brillante.

¡No ha de volver la luz al negro Cielo,
Que cubre al alma triste y dolorida
En esta eterna noche de mi duelo?

Siendo tú la esperanza de mi vida...
¿Negarás la ventura del consuelo
Al que esclavo de amor jamás te olvida?...

J. MORENO CASTELLÓ.

Jaen: 1878.

DUDA.

Á MADAME PARIZZI.

Con el Otoño las verdes hojas
Caen gimiendo, y el aquilon,
Sin que le muevan ¡ay! sus congojas,
Como tú un ramo marchito arrojas,
Léjos las echa sin compasión.

Así los años, vientos del alma,
Todo nos llevan, dicha, pesar,
Nuestros instantes de dulce calma,
De nuestras glorias la ansiada palma
Y cuanto el hombre puede soñar!

Y ahora dime, prenda querida,
¿Brillará siempre mi loco amor,
Cuando en la tierra todo se olvida,
Cuando mi frente se halla abatida
Por los embates de mi dolor?

DOMINGO DE MARTINTO.

Burdeos: 1878.

¡TRES FLORES!

II.

LA AMAPOLA.

Ya el astro augusto del día
Se oculta tras la alta sierra,
Y el lucero de la tarde
Brilla en su azulada esfera.
Avanzan las negras sombras
Amigas de los poetas;
Murmura tenue el arroyo,
Las aves de trinar cesan,
Cierran su cáliz las flores
Guardando su pura esencia,
Inclina el saúco la frente,
Símbolo de la tristeza,
Y en pos de luz y de vida
La callada noche llega.

La niña en tanto, sentada
Junto á la fuente serena,
Viendo está morir el día
Y avanzar la noche lenta.

De las flores apartada,
Al pie de una enredadera,
Una gentil amapola
Sobre su tallo se ostenta,
Allá en sus últimos giros
La mece el aura ligera,
Y al sentir su débil soplo
Sus lindas hojas desplega,
Á las que el fresco rocío
Vá matizando con perlas.

Al verla arroja la niña
Léjos de sí la azucena,
Que ya marchitas sus hojas
Perdieron vida y esencia.

Y la roja flor coloca
En su negra cabellera
Y á aumentar más sus encantos
Vá la flor con su belleza;
Que en sus cabellos prendida
La esbelta flor asemeja,
En un Cielo transparente
Una rutilante estrella.

El jóven que mira atento
Su candor y su pureza,
Acercándose á la niña
Coge su mano hechicera,
Que en su corazon coloca
Y ardiente á sus labios lleva.
Suspira y dice: ¡Te adoro!
La niña al oírle tiembla;
De vivo carmin teñido
Su blanco cútis presenta,
Y el color de la amapola
Reemplaza al de la azucena.
¡Te adoro! repite el eco
Por el prado y por la selva.

ENRIQUE GILLIS.

Cádiz: 1878.

EXPLICACION DEL GRABADO.

¿Necesita acaso explicacion esta tierna y delicada escultura? ¿Hay quien ignore la triste historia de los dos amantes, cuya constancia sólo puede compararse á su infortunio? La bella discípula de Abelardo tiene en el mármol que nuestro grabado reproduce, una expresion de púdica gracia, de tímida ternura, que revela su carácter, tal como le concibe el que su historia conoce, así como el insigne maestro é incomparable amante, revela la bondad benévola y grata del sabio, que descansa dilatando su corazon en un puro sentimiento de las amarguras del estudio.

Es un lindo grupo, y creemos le verán con gusto nuestros lectores.

LA LOCA DE COVADONGA. (1)

I.

ACABÁBAMOS de apearnos del coche que nos habia conducido á la falda del monte Auseba, famal derivado de la gran cordillera pirenaica, en donde se halla el venerado santuario de Covadonga, que recuerda nuestra gloriosa reconquista, el ilustre nombre de D. Pelayo y una de las más brillantes páginas de la historia patria.

Eramos varios los viajeros y entre ellos algunos, cansados del pésimo movimiento del mal coche de alquiler que llevábamos, sentáronse en el florido cespé á la orilla del rio Deva, con intencion de dar al estómago lo que imperiosamente reclamaba, pues se impone la parte material á veces, sin que podamos evitarlo.

La tarde de un caluroso dia de Agosto tocaba á su término; el Sol se habia ocultado tras de la elevadísima cumbre, se oía la clara y sonora voz de los pastores que cantaban al compás de las esquilas de los ganados que conducian al aprisco; los canónigos, beneficiados y salmistas de la colegiata se retiraban á sus modestas viviendas, y por el camino que conduce á la cueva, cruzaban algunos romeros que habian visitado á la Virgen, y bebido del agua milagrosa (así se la llama) que brota bajo la ermita y se precipita en caprichosa cascada por entre los peñascos; los gilgueros pintados, las oscuras alondras y los pardillos, hacian coro al riachuelo que serpea por la cañada y hasta las aguas de la cascada, al precipitarse de roca en roca parecian rítmicos preludios de celestial armonía; la Luna por el collado opuesto á la «Cueva larga» se presentaba radiante: todo parecia prepararse á una escena ideal. Para las altas sensaciones, el crepúsculo vespertino es magnífico, es la hora más hermosa del dia, la hora de las profundas meditaciones.

Respirando la frescura de la tarde, se tomaron las apetitosas viandas que á prevencion se traian, alternando con sendos tragos de vino y con los chistes y

(1) Del libro «Cuentos asturianos» próximo á publicarse.

cantares epigramáticos que á cada cual se le ocurrian; un cuento bien dicho, un refran traído á cuento y una intencionada copla, alegran sobremanera en las expediciones; pero alegra más á no dudar el rancio Jerez, el sabroso Valdepeñas, ó el delicado Málaga; éstos avivan el ingenio que es un contento.

II.

Cuando ya se iba á terminar el improvisado banquete, y la noche estaba próxima, extraña aparicion vino á embargar los ánimos y hacer que todas las miradas se fijaran en un solo punto de la falda del monte.

Una encantadora mujer bajaba cantando, saltando alegre de peña en peña y derramando flores que traía en su delantal recogidas.

¡Dorotea!—¡La pastora de Cervantes! exclamó uno de los expedicionarios.

¡Ofelia! dijo otro más aficionado á la extranjera literatura.

¡Galatea! otros repetian.

¡Una Ondina del lago Enol! exclamaron algunos.

¡Loreley! dijo uno muy aficionado á las leyendas alemanas, y otros más asturianos, aunque no ménos entendidos en la bella literatura, entusiasmados exclamaban:—¡Una Xana, una Xana del Deva!

Pero los más veian con los ojos de la imaginacion; los más soñaban, porque la aparecida era una mujer de carne y hueso, aunque hermosa, desgraciada y loca.

Apénas nos apercibimos de ella, cuando ya estaba junto á nosotros; parecia un sueño tomando los caracteres de la realidad; era una bella jóven como de diez y ocho años, alta, esbelta como gentil palmera, blanca como los copos de la nieve aunque pálida, de mirada de fuego, mirada abrumadora lanzada por sus negros y brillantes ojos en donde á la par que el extravío de la demencia, se leía la profundidad de sus pesares; sus labios parecian los pétalos de un encendido clavel con tendencia á marchitarse, y su constante y melancolica sonrisa dejaba ver su dentadura más blanca y más brillante que el bruñido marfil; dividida por el centro de la cabeza, y suelta llevaba su negra y rizada cabellera que cubria toda su espalda; y el traje negro por completo hacia resaltar más sus preciosas facciones; rodeaba su cintura una guirnalda de silvestres rosas, violetas y otras flores del campo y llevaba en su diminuta y torneada mano un rústico cayado con el que jugaba golpeando los arbustos y haciendo saltar el agua en infinitas y brillantes gotas que parecian rociar su vestido con diamantino polvo.

Corria azarosa de un punto á otro, nos miraba, se sonreia, arrojaba flores, volvía de nuevo á mirarnos, lloraba y tornaba saltando á dar golpes en las aguas y á cantar tiernas endechas de amor.

III.

Su presencia á todos interesaba, mas apénas habia quien resueltamente se atreviera á interpellarla, hasta que ella dirigiéndose á uno de los concurrentes le dijo despues de estrepitosa carcajada: «¡Oh amigo sacristan! ¿Cómo no encendeis todos los dias el cirio encarnado á la Virgen? Mira, mira... ya sale la Luna, esa es la compañera de todos los que lloran desgracias.... nada hay que tanto me alegre como la noche, porque contemplo la Luna que me habla de Dios, por que oigo el ruiseñor que cuenta los amores de su..... pero ja, ja, ja... que de esto no entienden los sacristanes, ni los canónigos, ni las gentes que no saben enamorarse, Dios, Dios es el que sabe mucho de esto, porque Dios es la fuente del amor...»

Y diciendo esto empezó á llorar amargamente. Nos fuimos acercando y casi puedo decir que la aburrimos á preguntas, hasta que por sus intencionadas frases (que siempre las tienen los locos y no pocas veces se portan discretamente) comprendimos que la molestábamos, y la dejamos marchar de nuevo corriendo por el monte arriba tras un rebaño de ovejas, que temerosas huian al amenazarlas con el cayado.

Subió á lo más alto y al hallarse en la cúspide, la Luna que aparecia ya en todo su esplendor, la iluminaba tan de lleno que semejava apocaliptica aparicion, y más cuando con las manos levantadas al Cielo parecia dirigir fervorosa plegaria al Eterno. De pronto una parda nube ocultó por unos instantes la Luna, y al aparecer de nuevo ya la loca no se divisaba.

IV.

Era ya noche cerrada y tratamos de buscar donde dormir, y nos repartimos en la hospedería y la posada del antiguo sochantre de la colegiata. Los aposentos si no eran del todo cómodos eran lo suficiente para que descansásemos y durmiésemos hasta el amanecer, en que se comenzó á escuchar la campana del templo destinada á María, cuyos sonos repetian los multiples ecos de la montaña.

El primero que se levantó fué llamando á los demás compañeros, y junta toda la comitiva fuimos en busca del canónigo C., amabilísimo señor á quien nos recomendaran y en union del cual vimos lo que la mano del hombre ha hecho en Covadonga, que es bien poco si se recuerda el glorioso nombre de este sitio.

Allí, en aquellas apartadas breñas, sólo lo que la rica y pródiga naturaleza ha fabricado es digno de admirar desde el profundo rio que corre á la base de la montaña hasta la espesa y blanquecina niebla que corona las escarpadas crestas; peñascos inmensos parece que se van á desprender sobre la cañada y algunos más altos que casi alcanzan las nubes, tienen el aspecto de gigantescos fantasmas envueltos en blancas y flotantes túnicas.

Parece que el ánimo oprimido por tanta grandeza hay momentos en que presume que allí concluye el mundo, pues los montes cierran las salidas en todas direcciones.

Y al pensar el notabilísimo acontecimiento que allí tuvo lugar, en aquel apartado rincón, se siente el alma subyugada y con tendencia á postrarse ante las soberanas moles que parecen servir de guardias gigantescas al agreste baluarte donde el príncipe godo se refugió con los suyos, esperando la hueste del fiero Alkamak y el traidor D. Opas.

Para elevarse el alma, más necesita de los grandiosos espectáculos de la naturaleza que de las amaneradas frases de algun retórico, las pedantescas descripciones del erudito, ó las severas líneas y relumbrantes colores de la paleta de los modernos pintores. El arte, el arte divino por excelencia es aquel que se retrata en la obra maestra de la creacion, en la hermosa naturaleza.

V.

El señor C. no escaseó medios para que nos enterásemos de cuanto hay en Covadonga de notable: vimos la imagen de la Virgen á quien tantos milagros se atribuyen, la antigua y nueva capilla, los suntuosos ornamentos y ropajes, el cuadro que representa la jura de Pelayo, que no es en nuestro concepto del mérito que se le atribuye, y perdónenos el Sr. Madrazo: los sepulcros de Pelayo y demás príncipes, y los de otras personas, cuyos restos mejor descansarían en un panteon de su familia ó en algun mausoleo á la moderna, que en aquella cueva donde sólo reyes renombrados y príncipes ilustres deben reposar.

Admiramos respetuosamente la cueva, se tomaron algunas medallas de la Virgen, y al pasar por junto á la tumba del héroe de la reconquista, sentimos un verdadero estremecimiento é involuntariamente nos descubrimos. El valor, el talento y la virtud, siempre se imponen y son dignos de eterna consideracion y respeto.

VI.

Examinado detalladamente todo, dispusimos una expedicion al lago Enol, que se halla en lo más alto del elevado monte y escogimos entre los varios caminos que hay desde Covadonga hasta aquel, el que vá por encima de la cueva, que si bien es más largo y empinado, es sin duda alguna el que al observador ofrece más variados puntos de vista y mejores perspectivas.

La ascension la hicimos perezosamente por una especie de sendero de cabras, por una escalera que el continuo uso de los curiosos ha hecho, y contemplamos la peña de Auseba, la lindísima vega de Braudi, donde á semejanza del Guadiana se sume el rio Deva para aparecer despues en copioso raudal de plata bajo las plantas de la Virgen de la Batalla; pasamos la espaciosa planicie de las Mestas y á poco dominado por una eminencia casi rematada en punta, llamada «Porra del Enol» vimos este lago luégo, de forma elíptica, y que aunque no es de mucha extension, pues

apenas medirá 900 metros por la parte más ancha, tiene no obstante más encanto, más poesía que los lagos de la bella Suiza, de la helada Rusia, de la severa Alemania, de la nebulosa Escandinavia, y de la monumental y pintoresca Italia.

VII.

Cuando llegamos á las orillas de aquella laguna, que tantos cientos de piés se halla elevada sobre el nivel del mar, el Sol rielaba en las tranquilas aguas, en las que una multitud de muchachos flotaban desnudos, sostenidos por pellejos de jóvenes machos cabrios, secos, cosidos é hinchados, y gran número de pastoras alegres y graciosas corrían de una parte á otra del lago esquivando nuestras miradas.

Apénas nos habíamos sentado á descansar de las fatigas de la agitada y penosa subida, vimos venir como paloma voladora hácia nosotros con los brazos abiertos la loca del día anterior, con la negra melena flotante, el cayado en una mano, y en la otra un gran ramo adornado con yerbas y campesinas flores.

A lo lejos, brincando por encima de las calizas rocas semejantes á ruinas de grandiosas ciudades de otros siglos, parecía aquella infeliz mujer un ser creado por la fantástica imaginación de algun poeta; una mitológica divinidad huyendo de las iras de Júpiter Olímpico.

La curiosidad creció, y ésta, unida á la compasión que aquella criatura inspiraba, dió motivo á que preguntásemos á los guías, y al ilustrado Sr. C., la causa de su trastorno.

VIII.

Unos y otros se deshacían en elogios de Violeta, por cuyo nombre la desventurada respondía y quería que se la llamase; y el canónigo reasumió todo lo que de ella se decía, y yo incorrectamente he podido copiar.

Era Violeta hija de una pobre viuda de un viejo cantor de la Colegiata, que vivía en una de las casitas cercanas á la cueva; y casi al mes de quedar en el mundo sola y sin familia, pues también su madre se murió pronto, en un día que venía de Cangas de Onís, villa de preciados recuerdos, con provisiones para sus convecinos, ya noche cerrada, se encontró con un gallardo y gentil mancebo que á caballo volvía de cumplir una promesa.

La vió á la luz de la Luna y tan hermosa le pareció que apeándose la acompañó hasta su morada. Pasó algunos días en Covadonga empleando la mayor parte del tiempo en requebrarla, por más que Violeta esquivaba su presencia.

Se enamoró al fin de él, que es penosa condición la de la mujer, luchar y luchar para ser al fin vencida; y cuando ya le idolatraba se ausentó el elegante caballero prometiendo volver pronto á buscarla para conducirla á la ciudad y casarse con ella.

Pero las promesas fueron engañosas, no regresó el fementido, por más que ella todos los días iba á implorar fervorosamente á la Virgen.

Segun pasaba el tiempo, enflaquecía y perdía su natural y graciosa sonrisa, y su espontánea y constante alegría.

Un día se decidió á ir á buscarle y desapareció.

Anduvo de una parte á otra, corrió de pueblo en pueblo y estando una mañana en la ciudad pidiendo limosna á la puerta de la iglesia para alimentarse, ¡oh triste desencanto! vió salir á su mentido amante que acababa de unirse en indisolubles lazos matrimoniales con una encofetada y aristocrática dama.

Era un villano que había hecho colosal fortuna en el mundo de Colon, y de humilde cuna, había querido hacerse noble, áun á costa de su amor, y lo consiguió, si nobleza puede llamarse lo que él obtuvo.

IX.

Como si un rayo hubiese herido á la infeliz pordiosera dió un horrendo grito, al que siguió estridente carcajada y huyó en tan rápida carrera, que poco debió tardar en llegar á Covadonga, donde se presentó descalza, con sus piés de blanca azucena salpicados de sangre, como si en rica joya de perlas, hubiesen engastado delicados corales.

Desencajada y arrebatadamente loca, llegó, y el vecindario entero la compadecía, queriendo todos cu-

rarla, halagándola por cuantos medios había, pero inútilmente: se dió á vagar por el monte, correr tras de los corderillos, coger flores, alimentándose con la torta y leche que los pastores le dan, postrándose todas las tardes ante el altar donde la imagen de la Madre de Jesus se venera, y en donde está hasta bastante entrada la noche recitando coplas en alta voz y cantando sentidas canciones.

Había ya terminado la narración de la anterior historia, cuando Violeta se aproximó á nosotros, y diciendo «hé ahí la recompensa de mi amor y el pago de tus ingratitudes», nos inundó de flores y sentándose á la orilla del lago, levantó un poquito hácia los piés sus ligeras ropas, haciendo elevarse las aguas con aquellos y cantando la copla siguiente:

Mintió, mintió el infiel,
Huyendo me engañó,
Yo siempre le amaré....
Que le perdone Dios.

Quisimos separarla de allí y no fué posible, hasta que cansada desapareció ocultándose tras de una enorme peña.

Era ya tarde, el Sol inundaba el paisaje de encendido carmin y la agreste perspectiva tomaba un aspecto conmovedor; airecillo frío se comenzaba á sentir; la niebla cubría ya parte del lago, y ántes de que no pudiéramos bajar los viajeros, nos marchamos hondamente impresionados con la historia de la loca de Covadonga.

JESUS PANDO Y VALLE.

Oviedo: 1878.

VIRGINIA.

(No hallarán felicidad completa en el matrimonio los que al dirigirse al altar no hayan recibido sobre su frente la bendición paterna.)

DEDICATORIA.

A LA DISTINGUIDA ESCRITORA DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

Amiga mía: la fraternidad literaria es la mas bella de las fraternidades. De nada sirve que los hombres la proclamen si luego no la practican, y divididos en razas y en clases, se hacen una cruda guerra, devorándose los unos á los otros, como lobos encarnizados que pelean por la mejor presa.

Amémonos, pues, los que cultivamos las bellas letras, que son el consuelo más grande en las penalidades de la vida, y formando una sola familia, consagremos nuestra inteligencia y nuestro amor en obsequio á nuestros hermanos.

Y en prueba del que te profeso, y de mi ardiente simpatía, admito la dedicatoria de este pequeño libro que te ofrece con el alma tu apasionada amiga y hermana en letras,

La Autora.

CAPÍTULO PRIMERO.

Miserias.

Hace poco tiempo, en una de las apacibles noches del estío, hallábase junto al palacio de Medinaceli un grupo de gente, que con religiosa atención escuchaba á una mendiga, que, acompañándose á la guitarra, cantaba con singular maestría canciones italianas.

Su purísima voz y su excelente método de canto, llamaron poderosamente la atención de dos caballeros, que con trabajo consiguieron penetrar dentro del grupo, viendo con sorpresa que la cantora tenía todas las trazas de ser una persona muy decente, segun revelaban la distinción de sus maneras, y su traje elegante, aunque deteriorado por el uso.

Llevaba el rostro cubierto con un espeso velo tan impenetrable, que no era posible distinguir sus facciones. El misterio de que aparecía rodeada, hizo más viva la curiosidad de los que la escuchaban, y sobre todo de los dos caballeros de que hemos hecho mención, que vivamente con-

movidos por aquel inmenso infortunio, arrojaron sobre su falda varias monedas de plata.

Apénas el reflejo del codiciado metal hirió los ojos de la mendiga, cesó de cantar y murmuró con voz trémula:

—Mil gracias!... Dios premie las buenas almas!

Sus ojos se alzaron al Cielo, dejando adivinar un drama doloroso en el misterio que la rodeaba, y una serie de tristes acontecimientos en su mudo dolor.

Poco despues, cuando hubo sin duda recogido lo bastante para salir del día, se levantó, alejándose lentamente de aquel sitio con la guitarra debajo del brazo y el rostro siempre escondido entre los pliegues del espeso velo.

Uno de los caballeros la siguió con disimulo; el otro, triste y meditabundo, se dirigió hácia el Prado, no sin volver alguna vez la cabeza, como si aquella desgraciada mujer le interesase mucho. Más joven y por consiguiente más curioso el que se fué tras ella, la vió entrar en una pequeña y miserable casa de la calle de San Agustín. Allí se detuvo sin atreverse á llevar su curiosidad al terreno de la descortesía. Ella desapareció por la angosta y tortuosa escalera, y él tomó el partido de marcharse también, con ánimo resuelto de volver á buscarla al siguiente día.

—¿Qué le habrá sucedido? dijeron algunos.

—No tardará; todas las noches viene á cantar á este sitio, dijo el caballero anciano que tanto se interesaba por ella.

—¿Usted la conoce? le preguntó su compañero de curiosidad, reconociéndole, porque tuvieron el día anterior un mismo pensamiento al socorrer á la pobre con algunas monedas de plata.

—No; únicamente hace algunas noches que la escucho, y me encanta de tal manera su purísima voz, que hace dos horas la estoy esperando.

—A mí me sucede lo propio, dijo el joven, y confieso que tengo intenciones de ir á su casa.

—¿Sabe Vd. dónde vive? preguntó con afán el anciano.

—A dos pasos de aquí; en la calle de San Agustín.

—¡Oh! vamos allá: ¿quiere Vd. que le acompañe?

—Con mucho gusto, contestó el joven poniéndose en marcha, sumamente contento por haber hallado una persona más atrevida que él, la que sin duda tendría resolución bastante para penetrar en la casa de la misteriosa desconocida.

—Aquí es.

—Adelante, dijo resueltamente el caballero anciano, empezando á subir con firme paso la estrecha y sucia escalera.

El joven le siguió.

No era un simple movimiento de curiosidad el que les obligaba á buscar á la mendiga, era sin duda un impulso del alma, uno de esos presentimientos que nos arrastran á veces, á pesar nuestro, y que obedecemos por no hallar en nosotros mismos fuerza superior para contrarestarlos.

Los dos caballeros habían simpatizado á primera vista, y sin embargo no se conocían al parecer: por lo ménos no se habían visto nunca.

Suponiendo que aquella infeliz, cuando demandaba en pago de sus canciones una limosna por amor de Dios, no viviría en los primeros pisos de la casa, subieron hasta el quinto, que era un lóbrego y oscuro corredor con varias puertas que debían pertenecer á otras tantas boardillas.

El anciano más impaciente, más nervioso que el joven, llamó en la primera que se ofreció á su vista.

—¿Quién es? preguntó desde el interior una voz gangosa y trémula.

—Esta no es la cantora, dijo el joven.

—Seguramente, contestó el anciano; pero nos informará de ella.

—¿Quién está ahí? volvió á preguntar la viejecilla con impaciencia.

—Buena señora, ¿tendría Vd. la bondad de informarnos de una joven que vive en esta casa?

La baja y estrecha puerta se abrió, apareciendo en el umbral una apegaminada viejecilla que se apoyaba en dos muletas.

Voy á intentar dar una ligera idea á mis lectores de esta mujer.

Representaba unos sesenta años; era de pequeña estatura, enjuta de carnes y de color tostado; tenía aguilena la nariz, boca grande y labios delgados, un poco hundidos á consecuencia de la falta total de la dentadura.

Iba vestida con un traje de indiana deteriorado por el uso, un pañuelo de abrigo muy roto, y un delantal de lana rayado, con franjas verdes y negras.

La viveza de sus ojillos negros, rodeados de unos párpados enrojecidos y desprovistos de pestañas, dejaban adivinar un genio vivo y un carácter irascible en demasía.

Era la mujer del sastre que remendaba ropa vieja en el portal, y la llamaban por lo general todos los vecinos la Sastra, aludiendo al oficio de su marido, lo que, dicho sea de paso, no era muy de su agrado; pero lo sufría en fuerza de la costumbre, no dejando por eso de complacerla mucho cuando la decían *señá Petra ó buena señora*, como

la habian dicho los caballeros que buscaban á la mendiga.

Estas corteses palabras fueron el resorte que la moviera á dejar el viejo sillón de vaqueta donde descansaba, para abrir la puerta.

Su mayor defecto era la lengua; ella tenia muy buen fondo; pero muy mala forma, y sobre todo era tan grande su charlataneria, que cuando tomaba la palabra no habia medio humano de hacérsela soltar; teniendo la costumbre de enterar á todo el mundo de cuanto pasaba en su casa.

Al encontrarse frente á frente con los señores los miró de piés á cabeza, quedando muy satisfecha de su exámen, porque los halló de buen porte y manifestando ser personas muy principales.

—¿Qué tenían Vds. que mandarme? les preguntó.

—Deseamos saber, dijo el anciano, si habitaba en alguna de estas boardillas una señora que canta todas las noches junto al palacio de Medinaceli.

—¡Ah! sí señor; es la señorita Virginia, ¡pobrecilla!...

—¿Virginia ha dicho Vd.? exclamó con exaltacion el anciano.

—¡Virginia!... murmuró con admiracion el jóven.

—Sí, señores, así se llama, y por cierto que es muy buena y muy desgraciada; ella con las limosnas que recoge, atiende, ó por mejor decir, atendía á sostener al gandul de su marido que es un Juan Lanas, y á sus chiquitines; los pobrecitos los tengo recogidos en casa; ahora hace poco se los llevó mi marido al Prado á que diesen por allí cuatro carreras, pues en estas boardillas de Madrid se ahogan las criaturas.

—¿Pero qué ha sucedido á esa señora? ¿Cómo se llama su marido? preguntó con impaciencia el anciano, que habia palidecido al escuchar el relato de la vieja.

—Miste, en verdad que no sabré contestarle; las vecinas le llaman don Lesmes; pero su verdadero nombre lo ignoro.

—¿Y dónde están? ¿Qué ha sido de ellos? insistió el anciano.

—Casi, casi, están mejor en el hospital que en ese cuchitril; miste, señor, aquella del rincón es su boardilla.

—¿En el hospital? ¿Qué horror!...

—¿Se pone Vd. malo? ¡Ah! necia de mí que los tengo en la puerta sin rogarles siquiera pasar adelante; venga Vd. caballero, y siéntese aquí junto á la ventana, y podrá respirar aire fresco.

—¿Sabe Vd. si esa señora se llama Virginia Parral? preguntó con ansiedad el jóven.

—Sí, señor, ese es su apellido.

—¿Caballero, dijo el anciano mirando fijamente á su desconocido acompañante; ¿Vd. conoce á la desventurada hija de Telesforo Parral?

—Sí, señor.

—¿Y á su padre?

—Mucho, es íntimo amigo mio, contestó el jóven.

—Imposible; Vd. no le conoce, ó no debe haberle visto nunca.

—Esto último es verdad; pero tambien es cierto que mi padre fué su amigo desde la infancia.

—¿Luego Vd. es hijo...?

—De Jaime Illescas, rico propietario de Mahon.

—Ahora no extraño tu interés por Virginia, abrázame hijo mio; yo soy Parral.

—¡Su padre!... exclamó la Sastra.

—¡Mi buen amigo!... gritó el jóven abriendo los brazos y estrechando en ellos al anciano, cuyos sollozos se confundieron por largo tiempo.

—¿Cuándo has venido? dijo despues de un rato el anciano.

—Hace pocos dias, contestó Jaime Illescas, que llevaba el mismo nombre que su padre, y no he podido encontrar á Vd. en su casa.

—No tiene nada de particular: vivo fuera de Madrid; pero cuéntenos Vd., buena señora: ¿cuándo se han llevado al hospital á mi desgraciada hija? Anoche la oímos cantar.

—Esta mañana temprano. El marido hacia dos meses que se hallaba enfermo, y ella le sostenia con el producto de sus limosnas; anoche vino más triste que nunca, á pesar de que habia recogido alguna plata; nosotros estábamos ya acostados, cuando sentimos un grito penetrante; mi marido se levantó, los niños lloraban en el cuarto de la señorita Virginia, y sin atender á otra cosa que á su buen corazón, porque eso sí, mi Truchuela es malo, pero tiene buenos sentimientos, y como iba diciendo, se fué derecho á donde sonaban los gritos; con trabajo consiguió que Don Lesmes abriera la puerta, y se encontró con que á la señorita le habia dado un accidente, y estaba medio desnuda y tirada por los suelos.

—¡Oh! ¡Desgraciada!... ¡Desgraciada!... exclamó Parral; ¡y entonces se los llevaron al hospital!

—Sí, señor; esta mañana los dos, marido y mujer, estaban sin conocimiento: ya se vé, como no se les conocia ningun pariente, se dió parte al celador y se los han llevado.

—Corramos al hospital, amigo mio; quizá tengamos

tiempo de salvarla; ¿y dice Vd. que los niños?...

—Los tengo yo, sí señor... bien puede Vd. estar tranquilo, pues aunque estos pícaros dolores de reuma me tienen medio baldada, no dejaré por eso de cuidarlos, y sobre todo, ahí está Truchuela, y lo siento toser, porque han de saber Vds. que á mi marido le llaman Truchuela por mal nombre; esto es una infamia, como á mí llamarme la Sastra: ya se vé, cosas de la vecindad; esas deslenguadas de verduleras que viven ahí en frente dieron en poner apodos á todo el mundo, y con ellos nos hemos quedado.

Aunque la mujer del sastrero seguia con su interminable charla, los caballeros no lo oían; estaban esperando que subiesen los niños, cuya inocente y bulliciosa algaraza se sentia perfectamente desde arriba.

El señor de Parral poseia una de esas figuras imponentes, respetuosas; su carácter, al parecer altivo y seco, no demostraba la excelencia de su corazón, ni la bondad de su alma; era uno de esos hombres que lloran á la vista de un infortunio, que sienten á veces vivamente conmovido su pecho, y sin embargo tienen tal severidad, tal rigidez de principios, que no retroceden nunca en el camino del deber, ni transigen con las faltas de sumision y respeto que son debidas á los padres y á los ancianos.

Cuando los niños llegaron arriba los tomó en sus brazos, y deteniendo las lágrimas, prontas á brotar de sus ojos, estuvo acariciándolos; luego los entregó á la señora Petra, y dándole un bolsillo lleno de oro, la dijo:

—Que nada les falte; cuidelos Vd. y hágame el favor de no decir quién soy yo, pues deseo conservar el incógnito.

—¡Ave María!... ¡Eso sí que es raro!... Siendo su padre no tiene nada de particular, dijo la Sastra.

—¡Silencio! tengo, señora, mis razones para obrar así; ven, Jaime, adios, hijos míos.

El señor de Parral se marchó precipitadamente por la escalera abajo; temia que le hiciera traicion su ternura, que empezaba á demostrarse en las lágrimas de sus ojos y en los sollozos de su pecho.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Madrid.

(Continuará.)

FEDERACION LITERARIA.

Hé aquí las bases aprobadas para la *Federacion Andaluza*, y el discurso leído en el *Congreso literario* de Sevilla el 12 del actual:

«Señores: No extrañéis que al dirigirme á vosotros mi voz tiemble con la más dulce de las emociones, con la de la gratitud y la esperanza.

Gratitud, porque á vuestra bondad debo una atencion que no merezco, y una prueba de simpatía que me honra; esperanza, porque este primer paso que damos hacia la realidad de un ideal de mi pensamiento, descubre ante mi vista anchos horizontes de ventura y prosperidad para esta querida Andalucía, en que hemos nacido, y en la cual Dios quiso condensar todos sus dones, como si ella fuese la dulce tierra prometida del espíritu y del corazón.

Permitidme, pues, antes de exponeros mi idea, daros las gracias por el favor que recibo con vuestra asistencia á este *Congreso literario*, y por la inmerecida honra que me dispensáis aceptando mi presidencia, que sólo debo á mi cualidad de mujer, y de ningun modo á condiciones que no tengo la vanidad de atribuirme.

El objeto que nos congrega aquí no puede ser ni más grande, ni más trascendental, ni más noble. Vosotros sabéis mejor que yo que nuestra patria, siguiendo las leyes generales de la naturaleza, y las condiciones de todo ser moral ó material, sufre ese marasmo, esa atonía que se sigue á todo esfuerzo, especie de sueño que repara las fuerzas y las vigoriza para la nueva lucha.

Los pesimistas, polilla de todas las épocas, pretenden que está muerta, juzgando sólo por apariencias equivocadas: los que sentimos palpar en nuestro espíritu el espíritu del porvenir; los que llevamos en nuestro pensamiento el entusiasmo, la fe en el alma y el calor de la juventud en el corazón, comprendemos que España descansa de su vida de aventuras, de sus arrebatos de heroísmo, y que, por fortuna para nosotros, se inicia ya su despertar.

No podia ser de otro modo.

La grandeza moral de una nacion no puede desmembrarse como su grandeza material. Si la torpeza de los hombres en cuyas manos se encuentran sus des-

tinios, la arruina y aniquila, la idea, que está en manos de Dios, no fluctúa con esas eventualidades del capricho, y vive inmortal, muéstrase ó no visible, pues el genio, para brillar, necesita, como los astros, una atmósfera serena y despejada; pero, como éstos, ni se apaga entre la sombra, ni deja de enviar, á través de ella, el calor de su luz para vencerla ó disiparla.

Yo creo, señores, que ha llegado el momento de ayudar á nuestra amada patria á volver á la vida de las realidades, si bien sea por la senda de las esperanzas. Ella se dispone, en su despertar, á calzar de nuevo el coturno de oro, á ceñir el áureo manto, á elevar en su mano la radiante palma de la razon, que es un triunfo, y á ornarse con la corona de flores de la fe, que es una virtud; á trazarnos con su palabra de luz los dogmas del deber y los códigos del derecho, y nosotros debemos obedecer esa voz, eco del pensamiento inmanente en la generacion actual; obediéndola venimos aquí á fundar algo estable sobre lo movedido de nuestra palabra y de nuestras impresiones; algo que tenga vida propia; algo que legue al porvenir, si no una creacion perfecta, porque al nacer ninguna idea alcanza perfeccion, un proyecto fecundo que la corriente eterna de la inteligencia humana puede ir modificando y asimilando á sus aspiraciones.

Hé aquí, señores, el por qué de esta cita que me proporciona la honra de dirigiros la palabra: hé aquí la causa que promueve este Congreso, que fijará en mi memoria una fecha inolvidable, y hé aquí tambien el motivo de exponer ante vosotros las bases de una *Federacion literaria* en Andalucía, que yo aspiro á formar como lazo de union entre nosotros, como palenque en el cual la inteligencia de nuestros hermanos ha de buscar el triunfo; como estímulo á los indecisos; como premio á los vencedores.

Sólo uniéndonos fraternalmente podemos aspirar á modificar, si no á cambiar, las condiciones en que, por desgracia nuestra, encontramos la literatura de provincias. Sólo creando un centro en que apoyarnos mutuamente, podemos dar al talento un campo digno de él, donde luche y venza, para llevar con su triunfo la luz á las sociedades.

Y no se crea, señores, que nuestra mision al unirnos moralmente es tan vaga, tan débil como el recuerdo de un sueño; tiene, segun os decia antes, una gran trascendencia. La literatura no es sólo, como la música, el lenguaje del alma; ni como la pintura, el de los sentidos: la palabra escrita es la palabra viva que no puede morir, que domina, que lleva á las multitudes las desmenuzadas particulas de la idea, como una semilla que ha de fructificar más tarde. El escritor es dueño de su época y dueño del porvenir, porque los caprichos de su fantasia, las afirmaciones de su razon se imponen á las sociedades que, ávidas siempre de algo nuevo que sacie esa sed devoradora del alma, jamás satisfecha, se apoderan de la creacion del poeta y la hacen suya para calcar en ella su vida real.

Cervantes, perseguido por la ingratitud y la ignorancia, se venga de sus enemigos mostrando en su obra inmortal los vicios de su época, y ante el ridículo que señala su valiente pluma, la sociedad vuelve en sí y modifica por impulso propio su manera de ser, arraigada por la costumbre en el espacio de algunos siglos.

Juan Jacobo Rousseau, revolviendo su alma gigante contra el círculo de hierro del imposible, duda, y su fácil y rica palabra trasmite sus dudas á toda una generacion; y se inicia la decadencia de un gran pueblo en el escepticismo, que hace nacer su palabra.

Castelar describe las libertades que sueña, y á su acento responde una explosion del sentimiento popular, ciega, desordenada; pero grande, tan grande, que no hallando espacio en que desenvolverse, herida, destrozada, vuelve á refugiarse en el pensamiento como principio, y en el corazón como esperanza.

Pero ¿á qué citaros hechos que sabéis mejor que yo?

Nadie ignora, señores, que el escritor, ese obrero de la idea, levanta el edificio á cuya sombra la humanidad descansa, la recrea con sus celestes sueños, ó la excita con sus cantos de combate, haciéndose dueño de aquellos corazones que vibran con el poder de su voluntad. Nuestra *Federacion* ha de unir á la influencia de la literatura la de las ciencias y la filosofía, que son tres entidades que se unen para formar el todo de la vida. Nuestra literatura no es hoy la inútil y empalagosa

union de palabras que ocultan el vacío; nuestra literatura es la rica y vigorosa expresión del pensamiento que embellece, pero que no excluye la severidad de la ciencia; que discute para admitirlos ó rechazarlos, según su criterio, los problemas filosóficos, y que, como no podía menos de ser, condensa en la palabra humana la aspiración divina que surge del espíritu inmortal que nos anima.

Si admitimos esta literatura eminentemente didáctica, convengamos en que es forzoso darle una forma, para que ella sea la base de nuestra futura grandeza, y para esto unámonos en una *Federación* que nos identifique.

Hé aquí, pues, las bases que, según mi humilde opinión, pueden constituir su principio, las cuales someto á vuestra aprobación, ó, mejor dicho, á vuestra discusión y perfeccionamiento, pues mi proyecto no tiene otro valor que el de un lienzo en blanco, en el cual, la mano experimentada del artista traza y anima con el vigor de su genio las figuras que han de llenarlo:

BASES.

1.^a Se formará una Sociedad con la denominación de *Federación literaria*, cuyo objeto será hacer valer en Andalucía la inteligencia de sus hijos, apoyándonos mutuamente.

2.^a La Sociedad se dividirá en Socios de número y Socios cooperadores; es decir, en andaluces ilustrados que, aceptando nuestra idea la apoyen moral y materialmente, y españoles ó extranjeros que quieran cooperar á nuestra obra de regeneración intelectual.

3.^a Se elegirá un Presidente, dos Vice-presidentes, un Secretario, un Tesorero y ocho Vocales, que formarán la Junta directiva. En ella se dará representación á las ocho provincias.

4.^a Esta Junta redactará el reglamento que ha de regir á la Sociedad, el que será aprobado en una sesión pública, en la cual quedará la *Federación* solemnemente constituida.

5.^a Cada capital de las provincias andaluzas publicará un periódico que represente la *Federación*, siendo órgano autorizado de la Sociedad el que dirija el Presidente.

6.^a Toda publicación ó impreso puede apoyar nuestros principios, pero de ningún modo representarlos, sin previa autorización de la Junta.

7.^a A fin de anuar los elementos de cada provincia, y hacer activos sus trabajos, se formará en cada una de ellas una Junta ó Comité delegado, cuyo Presidente será el que figure como Vocal de la Junta directiva, contando además un Vice-presidente, un Secretario, un Tesorero y cuatro Vocales, que obrarán de acuerdo con la Junta central y serán intermediarios entre la provincia y la presidencia federativa.

8.^a Las publicaciones que representen la *Federación* darán, con preferencia á todo trabajo, los de escritores andaluces, procurando que éstos copien fielmente nuestras costumbres, lenguaje ó historia, á fin de fomentar nuestra literatura propia.

9.^a Por ningún concepto admitirán estos periódicos escritos defectuosos que puedan considerarse como ensayos, ni se apartarán en sus doctrinas de las de la moral más pura y el respeto á las leyes del país.

10.^a Estos periódicos se obligarán á prestarse mutuamente toda clase de apoyo, pudiendo aquel á quien se le niegue quejarse á la Junta, que resolverá.

11.^a Todo Socio de número ó cooperador contribuirá con una peseta mensual, de cuya renta se formará un fondo de socorro.

12.^a La Sociedad podrá con ello publicar las obras de los señores Socios que, á juicio de la Junta, lo merezcan, entregando el producto al autor, y reservándose, después de deducidos los gastos, el diez por ciento para sus fondos; subvencionar publicaciones, ó socorrer á Socios que de ello necesiten.

13.^a Estas obras, publicadas bajo la protección de la Sociedad, dejarán en depósito dos ejemplares, con los que se formará una Biblioteca de la *Federación*.

14.^a Los señores que en esta primera reunión se sirvan inscribir sus nombres como Socios, se reunirán cuando la Junta interina lo estime conveniente, á fin de oír y apreciar el reglamento, nombrando la Junta definitiva.

15.^a Los señores que no puedan asistir personalmente nombrarán un representante.

16.^a Cada año se celebrará una reunión pública, que alternará en las ocho capitales de Andalucía, para renovar en ella, por mitad, la Junta directiva, presentar cuentas de la inversión de los fondos, y dar á conocer los acuerdos tomados por la Junta y los sucesos del año.

—Estas bases, que sólo son un proyecto, podrán ser modificadas en esta Junta, según lo exijan los intereses de la *Federación* y lo crean útil los señores que nos han hecho el honor de escucharnos.

PATROCINIO DE BIEDMA.

Sevilla, 12 Mayo, 1878.

NOTICIAS.

Se ha publicado en Alemania una obra notabilísima, titulada *LITERATUR-TAFELN, Synchronistische Darstellung der Weltliteratur*, el cual ofrece por épocas ó siglos los nombres de los que han alcanzado celebridad en las letras, en todas las naciones del mundo conocido.

España empieza su gloriosa historia literaria con los nombres árabes de los califas poetas, y continúa aumentando el rico tesoro de sus ingenios en cada siglo transcurrido. En el nuestro, en la época actual, se ven los brillantes nombres de nuestros novelistas, poetas, historiadores y escritores científicos, llenando orgullosos el espacio destinado á nuestra patria. De señoras sólo hallamos tres nombres en el libro alemán á que nos referimos: *Fernan-Caballero* y *Gertrudis Gomez de Avellaneda*, que ya no existen, y *Patrocinio de Biedma*, Directora del CÁDIZ.

Es una obra notabilísima por la novedad de la forma; por lo útil que puede ser al historiador su consulta; por lo agradable de ofrecer en solo algunas hojas un catálogo de los nombres ilustres de cuantos han sentido y pensado en el mundo, y admirable, además, porque demuestra en su autor Dr. G. Diercks, una suma de conocimientos históricos, una instrucción y una paciencia y trabajo para reunir detalles, verdaderamente asombrosos. Creemos que esta obra debiera ser traducida á nuestro idioma. Agradecemos el ejemplar que se nos ha remitido, y lo estimamos en mucho.

Como no podía menos de ser, atendida la fama que la precede, la compañía que dirige el distinguido actor Don Emilio Mario, obtiene un éxito en cada una de las funciones que ofrece.

El público ríe y aplaude con entusiasmo á los notables artistas que la forman, y demuestra su complacencia llenando el teatro, sin necesidad de escitaciones. La elección de las obras puestas en escena no puede ser más acertada, siendo varias de ellas desconocidas en Cádiz. Las que se han representado, debidas á la chispeante pluma de Eusebio Blasco, han sido muy aplaudidas, y llamado el autor al palco escénico, donde el público le demostraba el agrado con que son escuchadas sus obras.

Los niños y los locos con que se inauguró la temporada, obtuvo un brillante desempeño, siendo todos los artistas muy bien recibidos del público gaditano.

Hemos tenido el gusto de saludar en nuestra Redacción al distinguido escritor Sr. Blasco, que viaja para conocer las principales capitales de Andalucía.

En Málaga, de donde viene, ha tenido un entusiasta recibimiento, y creemos que ha de inspirar iguales simpatías, en Cádiz y Sevilla, tanto por lo conocido y apreciado que es como escritor, cuanto por sus amables dotes de carácter y talento. Por nuestra parte hemos tenido un verdadero placer en estrechar su mano.

La función dada en beneficio de las familias de los naufragos del Cantábrico por los distinguidos jóvenes que forman la *Sociedad dramática* de aficionados de esta ciudad, ha tenido un brillante resultado: lo celebramos.

El CÁDIZ envía la expresión de su sentimiento al Excmo. Sr. D. Francisco Romero y Robledo, y su distinguida esposa, por la dolorosa pérdida que acaban de experimentar.

Cada una de las comedias que la compañía que dirige el Sr. Mario pone en escena, es un nuevo triunfo para los distinguidos actores que la forman.

La Sra. Valverde, oportuna y graciosa como siempre, se hace aplaudir con entusiasmo. La Srta. Fernandez inspira cada vez mayores simpatías, y lo mismo las otras bellas actrices. Mario, Zamacois, Romea, Aguirre y cuantos completan esta notabilísima compañía, reciben cada noche mayores aplausos.

Felicitemos á la empresa por el éxito que obtiene, y no creemos que el público gaditano deje pasar la ocasión de

ver representadas de un modo admirable las más lindas obras del género cómico.

Enviamos al Sr. Uceda nuestro mas sentido pésame, por la pérdida de su hija que acaba de sufrir.

Rogamos á los periódicos andaluces que han ofrecido su apoyo á la *Federación literaria*, se sirvan abrir lista de adhesiones, y publicar los nombres de los Sres. y Sras. que quieran formar parte de la sociedad, para incluirlos en los *Socios fundadores*.

El CÁDIZ envía su respetuosa felicitación á S. A. R. la Condesa de París, por su feliz alumbramiento, y lo mismo á sus augustos padres los Serms. Sres. Duques de Montpensier.

Ha salido para Francia, á visitar la Exposición de París, nuestro querido amigo é ilustrado redactor Dr. D. Cayetano del Toro, del cual esperamos noticias que, si como pensamos nos ofrecen detalles de ese grandioso espectáculo, los transmitiremos á nuestros lectores.

Hemos recibido el folleto del P. Juan José Franco, de la compañía de Jesus, *La costumbre vence la naturaleza*. Lo agradecemos infinito.

OBRAS DE PATROCINIO DE BIEDMA.

El Héroe de Santa Engracia, poema épico.

Guirnalda de Pensamientos, poesías.

Recuerdos de un ángel, elegías.

Dramas íntimos, episodios en verso con la biografía de la autora.

NOVELAS.

Blanca.

Cadenas del corazón.

El capricho de un lord.

Sensitiva.

La botella azul.

El testamento de un filósofo.

El odio de una mujer.

El secreto de un crimen.

Las almas gemelas.

La flor del cementerio.

EPISODIOS.

¡Dos minutos!

Desde Cádiz á la Habana.

Una historia en el mar.

Fragmentos de un álbum.

Habiendo pedido varios Sres. Suscritores muchas de estas obras, y estando agotadas las ediciones de ellas, se vá á proceder á hacer una nueva, que las coleccionará en tres grandes tomos. Los Sres. que quieran ser suscritores, tendrán la bondad de avisarlo así, para que figuren sus nombres en la lista que irá al final del último tomo.

Cada uno de ellos costará 10 pesetas: los Sres. Suscritores sólo abonarán por los tres 25.

No se exigirá el importe de suscripción hasta que empiece á repartirse el primer tomo.

Dirigirse á Patrocinio de Biedma, Herrador, 8, Cádiz.

ANUNCIOS.

OBRAS DE LA SEÑORA DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

En Cádiz librería de Morillas, San Francisco 36; Revista Médica, plaza de San Agustín, 4 y 5; en Madrid en las principales librerías.

NUEVA EDICION DE EL QUIJOTE.

La correcta y esmerada edición de

EL QUIJOTE

que ha hecho en Cádiz D. José Rodríguez y Rodríguez, bajo la dirección del Sr. D. Ramon Leon Mainez, puede adquirirse dirigiéndose al editor, tipografía La Mercantil, Sacramento 39, Cádiz, ó á las principales librerías de España y del extranjero.

La obra consta de 5 tomos: 4 contienen el texto puro y exacto de la magnífica producción de Cervantes, y el otro tomo, de más de 400 páginas, ofrece la más completa

VIDA

de aquel insigne escritor que se ha publicado hasta ahora, original de D. Ramon Leon Mainez, director de la *Crónica de los Cervantistas*. Los cuatro tomos que contienen el texto de *El Quijote*, llevan muchas notas y comentarios del citado escritor.

Los cinco tomos cuestan 40 rs., teniendo derecho el suscriptor á que su nombre figure en la adición á la lista que llevará el último tomo.

CADIZ: 1878.

TIP. LA MERCANTIL.

DE D. JOSE RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ.
Sacramento, 39 y Bulas 8.